

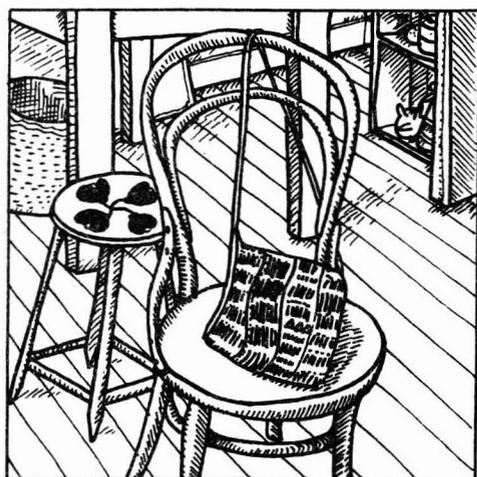
mente en todos los prestigios culturales posibles (aún los propios, como al citar a Artemio Cruz) y hacer literatura de la literatura, intentando compensar así su impotencia para asumir una realidad concreta cualquiera. Novela de la contradicción, los trucos mitificantes de su autor sólo acentúan la debilidad interna del texto, el apresuramiento de su factura, la ya lamentable colonización cultural de un escritor incapaz de ver a su país o a su literatura si no es con ojos extranjeros. En todo caso, éstas son las cabezas de hidra que amenazan con aniquilar a Carlos Fuentes.

Carlos Fuentes: *La cabeza de la hidra*, Joaquín Mortiz, México, 1978.

Gustavo García

## Razón, locura y sociedad

*Razón, locura y sociedad* recoge las ponencias de varios investigadores —Franco Basaglia, Marie Langer, Igor Caruso, Thomas Szasz, Eliseo Verón y Armando Suárez— que dieron lugar al ciclo de conferencias celebrado en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM en julio de 1975. Los temas fundamentales que se desarrollan en estas ponencias son: la salud mental, la locura, el papel social de la psiquiatría, las consecuencias de la industrialización del psicoanálisis, los marcos teóricos de la psicología social y la evolución de la relación entre psicoanálisis y marxismo. Aunque diferentes entre sí, todos ellos guardan una



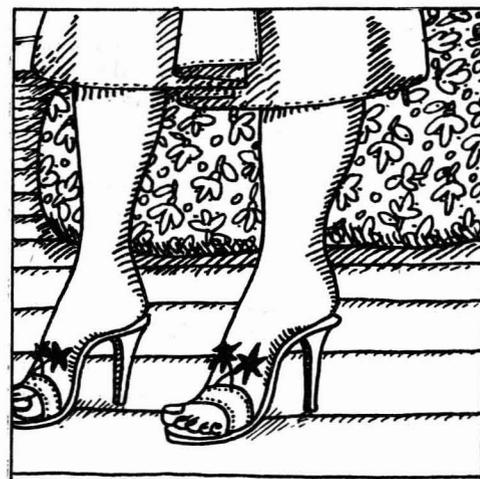
estrecha relación: la que está dada por la perspectiva crítica desde la que se realiza el análisis y en la cual los factores de carácter social y político constituyen el elemento rector que permite reunirlos, en forma coherente, en un mismo libro.

Cada uno de estos trabajos centra su atención en un aspecto que, al parecer, ha llegado a convertirse en la rémora principal de la práctica científica: la institucionalización burocrática y represiva de la ciencia y los conflictos sociales que ello produce. Franco Basaglia, a partir de su praxis psiquiátrica, analiza la cárcel y el manicomio como instituciones de la violencia: originadas de la violencia social sobre el individuo, no hacen otra cosa que reproducir esa violencia en el ámbito institucional que les es propio. Ambas instituciones fueron creadas originalmente para proteger a la sociedad —tanto en el caso del delincuente como en el del enfermo mental— de toda aquella persona que se apartara de la norma, y por lo tanto, más que fungir como verdaderos centros de rehabilitación, han llegado a constituirse en ámbitos de marginación “en los que los sujetos no son tratados por lo que son sino por las molestias sociales que ocasionan”. La terapéutica a seguir, entonces, no se apoya en una ideología de cura, que debía tender a rehabilitarlo, sino por el contrario, en una ideología de castigo, tendiente a reforzar la represión en la marginación a la que se le somete.

Thomas Szasz abunda aún más sobre el carácter represivo de la institución psiquiátrica al señalar que, al ingresar en ella, el paciente queda exento de la posibilidad de ejercer la defensa de sí mismo. No le quedará más que someterse pasivamente a los tratamientos obsoletos —electroshocks, aislamiento y castigo— que caracteriza a este tipo de instituciones. Así, en la actualidad, la práctica que define a la institución psiquiátrica no es más que el ropaje pseudocientífico detrás del que se oculta una concepción anacrónica del tratamiento del enfermo mental.

Por lo que se refiere al psicoanálisis, Marie Langer señala que su institucionalización ha llegado a convertirlo en un centro de poder, y a los psicoanalistas, beneficiarios de ese poder, en una élite económica y cultural que niega la posibilidad de que el conocimiento psicoanalítico siga otros cauces que los prefijados, de manera rígida y autoritaria, por la propia institución.

Pero es que la crisis institucional que



cada día profundiza más sus contradicciones no es más que el emergente superestructural de una crisis aún más profunda y definitiva: la crisis de un tipo de sociedad erigida sobre la base del control y del poder. La estructura interna de las organizaciones científicas no hace más que reflejar esa crisis social a través de su propia especificidad, y de ahí la necesidad de desarrollar una crítica a fondo de este tipo de instituciones. Sin embargo, el ejercicio de esta crítica, tan necesaria e impostergable, no es algo tan simple como puede parecer por su sola enunciación. Su dificultad estriba precisamente en que los científicos y profesionales que debían llevarla a cabo están inmersos en los privilegios que dimanar de esa situación. Y no es tan fácil renunciar a esos privilegios, sobre todo cuando ello implicaría el cuestionamiento de los contenidos y fines de su propia formación profesional así como de las prácticas producto de esta formación.

En general, todos los trabajos coinciden en destacar la función ideológica que cumple socialmente la institucionalización de la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicología. Pero es Eliseo Verón el que pone mayor énfasis en este aspecto. Su investigación se centra en la psicología social, y, dentro de lo posible, hace una revisión exhaustiva tanto de su surgimiento (a raíz de la segunda guerra mundial) como de su objeto de estudio. El análisis de Verón pone al descubierto el hecho de que muchas de las “categorías” de la psicología social más que facilitar el conocimiento de los fenómenos que se estudian, tiende a limitarlo y simplificarlo, pues conceptos como “motivación”, “objetivos”, “metas”, “liderazgo”, etc., para explicar la conducta humana, no son

categorías producto de la práctica científica, sino formulaciones en la ideología.

Es por esto que el trabajo de Igor Caruso —junto con el de Basaglia y Marie Langer— cobra una significación particular dentro de los ensayos reunidos en este libro. Caruso analiza la obra de Freud a partir de su carácter revolucionario; es decir, en tanto que la teoría freudiana, como método terapéutico, busca, mediante la liberación de lo reprimido, devolver al ser humano la conciencia de sus impulsos y necesidades, de sus deseos y pulsiones más profundos, y a través de ello, restituirle su espíritu crítico frente a cualquier circunstancia, ya sea ésta social o individual.

La ponencia de Armando Suárez, que cierra el libro, analiza las relaciones entre el psicoanálisis y el marxismo, destacando la necesidad de reubicar la práctica psicoanalítica en su contexto histórico, como única forma de devolverle su verdadero carácter científico y revolucionario.

Así, *Razón, locura y sociedad* viene a constituirse en un serio intento por desarrollar la crítica a la burocratización de las instituciones psiquiátricas y psicoanalíticas. Y, además, recuerda algo que la ciencia no debía nunca haber olvidado: toda teoría y práctica científica es producto de un determinado contexto social, y sus resultados necesariamente deberán reincidir sobre ese contexto. De lo contrario, y en la medida que no se democratizan las estructuras de estas instituciones, sus prácticas seguirán dominadas por la ideología y los productos que se obtengan de ellas serán cualquier cosa menos productos científicos.

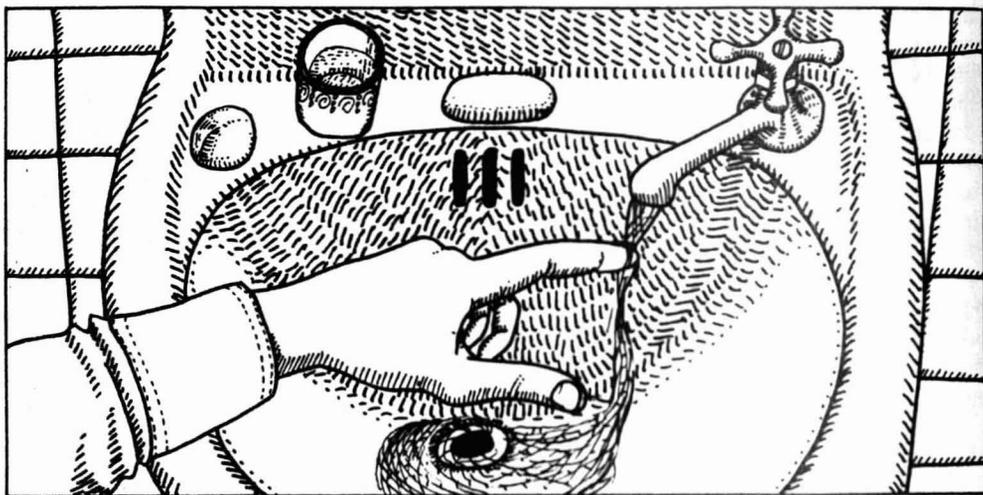
Irma J. Lorentzen

Varios autores, *Razón, locura y sociedad*, Siglo XXI editores, México, 1978, 199 pp.

## Juan Villoro: El mariscal de campo

Uno de los últimos volúmenes de "La máquina de escribir", colección de *plaquettes* creada y dirigida por Federico Campbell, corresponde a *El mariscal de campo*, de Juan Villoro. Del autor conocíamos ya algunos cuentos publicados en revistas y en el volumen colectivo *Zepelin compartido*.

*El mariscal de campo* reúne tres cuentos



en los que el lenguaje ha adquirido mayor precisión, el tratamiento de la anécdota más disciplina y el humor más libertad. "El verano y sus mosquitos" narra la desesperación de un estudiante mexicano en un internado de los EE. UU. ante el encierro al que está sometido por los reglamentos. Privado de "chavas", de libertad para nadar y tomar leches malteadas o Corn flakes a su antojo, y sin otro consuelo que imaginar un escape y matar a sus celadores ("sabiendo que no había sido en serio, que lo que había matado era mi almohada"), el narrador ha perdido su última esperanza: "ni siquiera Dios me podía sacar de ahí". *El mariscal de campo* presenta a un personaje de 16 años que se debate entre el fútbol y el amor, Maracaná e Isabel, la gloria de jugar en el Estadio Azteca o de salir con su enamorada al cine, a tomar churros con chocolate o a las luchas ("pensó en llevar su camisa de dragones y sus zapatos de tacón aerodinámico"). "El cielo desnudo" es un cúmulo de reflexiones que no dejan en paz al insomne Rodolfo. El universo deja de ser un teorema abstracto para mezclarse con la rutina diaria ("Después se quedó dormido, soñando que llevaba en sus calcetines la medida del universo").

El lenguaje de Juan Villoro es el lenguaje de un interesante "contador de cuentos", más o menos a la manera en que lo entienden Borges y Bioy Casares. Todo en él intenta ser expresión sensible de los acontecimientos. Espontaneidad, color, adolescencia, humor, los cuentos de Juan Villoro transcurren con la fluidez de un buen conversador y con una causalidad lograda muy minuciosamente. Las continuas comparaciones, sintomáticas de su prosa, buscan siempre una certeza en la percepción de los

sentidos y se amparan en una ingenuidad voluntaria: "Metí la cabeza en el hoyo como si fuera el león de las películas gringas", "exactamente como si estuviera atrapado en un nebulosa o en un gran malvavisco", "sudando como si me rostizaran", "unas nubes chicas como palomitas de maíz", etc.

Quizás uno de los mayores logros de esta "máquina" de Villoro sea el provecho que el autor le saca a la ingenuidad adolescente en vista de una explosión de humor. La retórica de la "onda" pretende aquí algo más que un encuentro con la realidad. Su realismo, especialmente en "El verano y sus mosquitos", no representa un fin en sí mismo. Es más un instrumento que un punto de llegada, pues se puede entrever un anhelo por buscar temas de mayor complejidad. Seguramente que con la publicación de *El mariscal de campo* Juan Villoro inicia un proceso de asimilación de los límites del puro "contador de cuentos".

Francisco Hinojosa

Juan Villoro: *El mariscal de campo*  
La máquina de escribir, México, 1977.

## Kosinski el héroe de sí mismo

Como en su anterior novela, *El árbol del diablo* —que los kosinskianos ponen entre las "malas" con *Desde el jardín— Blind date*, la última que ha publicado Kosinski en Estados Unidos, se inicia con una escena